Loco mía

La ambigüedad

Siempre he sido un amante de Ibiza. Tuve allí una casa durante varios años. En una de mis vacaciones en la isla, fui una noche a cenar al Privé del KU. En aquel tiempo, 1987, era la macro disco al aire libre más carismática, con fiestas temáticas todas las noches y muchísima gente, casi cinco mil personas algunos días.

Era algo más que una discoteca, era una catedral donde Goñi, Santamaría y otro vasco, habían logrado un macro espacio con rollo, que de manera milagrosa pudo sobrevivir dentro de una urbanización en la carretera de Ibiza a San Antonio.

Aunque duró pocos años. Después la sociedad se desmembraría y las regulaciones urbanísticas les obligarían a techar. Luego, con el cambio de nombre y propietarios, nunca más fue lo que era.

Pero un día de aquel verano, después de cenar, pronto para los horarios de la isla pues eran solo las dos de la mañana, me fui a tomar una copa a una de las barras y ver bailar a la gente, que ha sido algo que siempre me ha gustado. Quede claro que tuve mi época en la que me gustaba bailar. Después, observar cómo los demás interpretan la música con el cuerpo, me pareció un entretenimiento que te permitía conocer la personalidad y el carácter de las personas.

Aun no había mucha gente y en las pistas, los más jóvenes y fanáticos, ataviados con sus flamantes modelos última moda en Berlín, Milán, París o Ámsterdam, tostados por el sol y mostrando lo máximo que podían de sus jóvenes cuerpos, se esforzaban por marcar su territorio en competencia con el que tenían al lado.

De repente comenzaron a aparecer de las sombras unos personajes que ataviados con ropajes sorprendentes y armados de grandes abanicos y zapatos de punta de estilo renacentista, comenzaron de manera cadenciosa y sugerente, como si se

tratara de celebrantes de las danzas sufí, a hipnotizarme a mí y poco a poco a todos los que me rodeaban. Según se sabían admirados, la aceleración rítmica de los movimientos y requiebros fue en aumento. Poco a poco, todo el mundo que estaba bailando se fue parando y se comenzó a hacer un enorme corro para admirar a estos jóvenes juglares que, con profusión de brocados, terciopelos y con grandes hombreras, que daban un aspecto cubista a las proporciones de sus cuerpos completamente fuera de época y estación, estaban dejando boquiabiertos a los más modernos del mundo.

Cuando la animación y el público fueron en aumento y las pistas comenzaron de nuevo a verse atestadas por aguerridos espontáneos que aceptaban el reto de continuar el relevo de la danza, los enigmáticos personajes desaparecieron como habían llegado.

Me quedé un buen rato pensando lo que había visto y el grado de atracción que había provocado, pero fue solo al día siguiente cuando al reproducirse la misma rutina deduje que era una atracción probablemente extranjera que habían contratado para animar las primeras horas. Les seguí y vi que se dirigían a la barra del Cocoloco, la que manejaba el famoso brasileño Brasilio.

Llegaron sudorosos y todos pidieron agua. Se fueron desabrochando las casacas y dejando al descubierto camisas románticas y cuerpos delgados y bien modelados. Con la lógica prudencia de no querer parecer algo que no era, o provocar algún malentendido, pregunté en inglés por el jefe del grupo.

Hablaron entre ellos en catalán, lo que me sorprendió, y me dijeron que estaba al llegar y se llamaba Javier Font. No quise charlar con ellos, pues entre otras cosas el volumen de la música en las discotecas es el mejor antídoto contra la conversación.

Me senté en una mesa cercana y les dije que le avisaran cuando llegase, que un productor quería hablar con él, lo que les hizo poner cara de satisfacción.

Font se veía un joven despierto y acelerado. Le comencé a preguntar sobre el grupo y me dijo que estaban creando su propio estilo, que tenían una peluquería, una tienda de ropa y que utilizaban el KU como una forma de conseguir dinero para sobrevivir y promover su imagen, nombre y negocio. Básicamente, su interés era vender ropa. Es decir, lanzar su línea de moda.

Quedé en ir a verle al día siguiente a la peluquería y conocer la tienda. No pudo evitar preguntarme, curioso, qué es lo que yo pretendía de ellos y le dije con sinceridad 'creo que tenéis una imagen muy fuerte y un estilo provocativo. Si supierais cantar, se podría estudiar lanzaros como grupo musical'. Su cara fue de sorpresa mayúscula.

En aquel tiempo yo ya había dejado Hispavox, me dedicaba al management de artistas y quería realizar alguna producción que fuera novedosa.

Al día siguiente allí estaban todos los que configuraban el grupo, con su mejor sonrisa y queriendo demostrarme que eran capaces de hacer lo que fuera necesario. Entre los que estaban en la peluquería, la tienda y los oficiantes, como yo llamé a los que bailaban, eran un grupo de nueve personas. Supe que vivían en una casa tipo comuna y que las condiciones económicas eran extremas. La parte romántica de Javier Font podía a su lado catalán empresarial.

Estaban atravesando un momento de peleas con un exsocio ibicenco que les había quemado la casa y que les tenía en pie de guerra. Además, un holandés, socio fundador del grupo con Font, se había peleado el año anterior y se había ido a su tierra. Yo había surgido del cielo para ellos.

El panorama era difícil. Al acabar la temporada, si no tenían una propuesta de futuro, se verían en la necesidad de irse cada uno a su casa hasta el año siguiente. A mí toda esa locura, aventura, inestabilidad, me produjo una gran ternura y les dije que pensaría una propuesta para ver si era viable.

Los acontecimientos se precipitaron. A los pocos días me llamo Font para decirme que se habían despedido del Ku, que habían discutido y que estaban sin trabajo. Que la peluquería

no iba bien y que no podían mantenerse en la isla. Me imagino que fue una forma de presionar su salida hacia un futuro mejor. A mí me dio pena y les dije: ‘está bien, os echaré una mano e intentaré buscaros trabajo en Madrid y al mismo tiempo veremos si servís para un proyecto discográfico’.

A la aventura de Madrid solo vinieron Javier Font, Luis Font, Manuel Arjona, Carlos Armas, y Lourdes una vasca simpática y enigmática que hacía las veces de cenicienta en la casa, pero que, en la noche, cuando se ponían en movimiento, era una atracción. Pero las tensiones solo les mantuvieron unidos los meses que duró el primer contrato que les conseguí en el Joy Eslava con Pedro Trapote, que siempre se portó como un caballero, y que demostró una clara visión al contratarlos con las referencias de Ibiza. Su papel era como en el Ku, bailar en las dos sesiones de tarde y noche.

El volumen de dinero era suficiente para pagar sus gastos de estancia y para que ganaran algo simbólico, además de mejorar el vestuario que el propio Javier cosía, comprando las telas y ayudándose con cortadoras que había conocido cuanto llegó a Madrid.

Durante esos meses comenzaron a tomar clases de canto con Robert Jeantal, de baile jazz y a preparar un repertorio que fuera creíble y encajara con su imagen y propuesta. Mi compañía financiaba el proyecto como productores.

Luis Font un día se peleó con su hermano y dejó Madrid de repente. Tuvimos que buscar con urgencia, en 24 horas, un sustituto que fuera rubio para mantener la imagen de Luis y que no se dieran cuenta en el Joy del reemplazo. Entre los contactos de Ibiza que yo había visto bailando con ellos, vinieron dos candidatos a entrevistarse. Decidí contratar a Juan Antonio Fuentes, que reunía unas condiciones muy especiales, pues daba una imagen muy joven y aniñada, como un ángel de cuento. Tenía un desparpajo, frescura y malicia sorprendentes que le hacían muy simpático y así se configuró la primera formación comercial de Locomía.

Pero a mí me preocupaba, y mucho, la parte musical, pues no se había hecho nada dance en español y sin embargo esa era

el área donde debíamos estar para que pudieran mostrar su fuerza original.

El productor más moderno en esa época, y que había tenido ya un éxito en Europa con un tema llamado “Fotonovela” con Iván, se llamaba Pedro Vidal. Ya entonces era muy exigente y no se involucraba con facilidad en nada.

Sin dudarlo me fui a verlo. Cuando le expliqué el concepto y después vio el grupo, se dio cuenta que era algo nuevo e iba a sorprender. Eso le gustó.

Trabajaba de una forma avanzada para la época. Tenía una serie de programadores que siguiendo sus instrucciones colaboraban en el desarrollo de temas, melodías o ritmos, dependiendo de lo que se necesitaba.

Sus colaboradores eran Cristóbal Sánsano, José Manuel Navarro, Cheni Navarro y Benjamin Withier, un americano que era ayudante de Pedro y vivía allí, además de hacer coros y letras en inglés.

El estudio estaba enclavado en un piso frente a la entrada de Príncipe Pío en la M-30. El salón era el lugar donde estaba la mesa de grabación y mezclas, así como todas las máquinas. Y en el cuarto de baño, la sala de grabación de voces.

Pedro era talentoso, exigente, crítico, creativo y líder del equipo, pero podía pasarse con un loop tres días hasta que le parecía que estaba bien. Todo se cuestionaba y muchas veces eso convertía el tiempo de realización en una incógnita.

Cuando me di cuenta del funcionamiento, comencé a visitar de forma frecuente el estudio. Estábamos en la fase de creación y composición, pero al mismo tiempo se estaban grabando ya las bases. Era un taller de creación y realización de alta costura a medida.

Ya se tenían tres temas instrumentales que estaban muy bien, pero no había letras en español. Como el que tenía el concepto más claro era yo, me puse a escribir las letras y así nacieron “Loco Mía”, que describía el concepto y fue el primer tema que alcanzó difusión, “Rumba Samba Mambo” y “Taiyo”.

Además, por mi coloratura grave de voz, colaboré en las voces de esos temas, alguna muy significativa.

Los chicos de Locomía no eran Caruso, pero se defendían de manera correcta para poder grabar y después interpretar en shows los temas, más aún siendo algo que se movería a nivel discotecas. Tan pronto como tuvimos dos temas grabados, puse en marcha el lanzamiento del single, sin esperar a tener el álbum, pues quería lanzarlo antes del verano.

Ya habíamos tenido una experiencia fuerte para un nuevo grupo: habíamos viajado a Tokyo para actuar invitados en una campaña de lanzamiento de una cadena de tiendas de música, video y High-tec llamada Wave.

Las dueñas de la agencia de publicidad japonesa dijeron que Locomía eran muy contemporáneos y New Spain. Actuamos en dos de sus Mega stores y en una discoteca, en un festival de arte español, teniendo a Gaudí y Miró como fondo.

En enero de 1990 ya con el disco convertido en éxito y con el lanzamiento internacional a tope, actuamos, presentados por la SGAE, dentro del Midem de Cannes, en la discoteca Whisky a Go Go.

Había cerrado el negocio de la distribución discográfica con Rafael Gil que estaba en esos días en la Dirección General de EMI y vio el proyecto con interés. A mí me interesaba la compañía pues en ella estaba parte del equipo de mi última etapa de Hispavox, una vez comprada por EMI. Por primera vez me convertía en productor discográfico y pasaba a ser el propietario de una grabación. Javier del Moral como director, Angel Pecci como marketing, Domingo García en promoción radio y Moncho Ferrer en prensa, se ocuparon del desarrollo de la campaña. En Internacional estaba Ana Villacorta que pronto jugaría un papel importante.

Efectivamente el tema se convirtió en un éxito y las radios lo tocaban con intensidad. Se vendió en singles y maxis y la gente buscaba el álbum que aún no teníamos listo. Solo en septiembre se pudo lanzar.

La imagen de los chicos en televisión fue decisiva para fijar la atención. Después comenzamos a realizar bolos en discotecas. Había días en los que hacíamos dos o tres, y se actuaba todos los fines de semana y fiestas. Se habían montado unas coreografías y se hacían cuatro temas, con playback de fondo y voces en directo. En los pueblos de España la gente se quedaba flipada. En las más de doscientas actuaciones que se realizaron en esa primavera/verano/otoño, alguna que otra vez hubo un incidente de mal gusto, como en Zamora con los machitos de las fiestas. A pesar de que para algunos lugares la imagen era muy provocativa, para otros tenía un gran poder de atracción.

Mi hermano Manolo, que después de una etapa de reflexión, determinó que quería dejar de trabajar por cuenta de otros e incorporarse en nuestra oficina, fue el responsable de esta terrible y agotadora tour donde los muchos kilómetros que tenía que conducir más las labores de técnico, montador y manager, se fundían en una sola persona: él. Fue la prueba de fuego para todos.

En julio de 1990, ya en una segunda etapa de mayor consistencia, las actuaciones se realizaron en directo con grupo musical y equipos de luz, sonido y técnicos de Pronorte, dando mayor peso y credibilidad al grupo.

Desde el primer día fui muy claro con los chicos de Locomía: si querían triunfar debían ser trabajadores, puntuales y serios. Las drogas y las pasadas no eran compatibles con promocionar, hacer entrevistas, viajar y actuar.

A nadie le importaba su vida privada, pero sí su actitud pública. Por eso a lo largo de la campaña, primero en España, luego en Argentina, México, Brasil, Perú, USA, etc. nunca se quiso utilizar el recurso fácil de entrar al trapo del mundo gay.

A pesar de que el gay power ya había sido muy digerido en la música a través de muchos ejemplos, nosotros contábamos con esa imagen tan transgresiva, y nos parecía más fuerte no aclarar las tendencias sexuales de cada cual. Eso daría más morbo al tema. Fui muy claro: la ambigüedad es comercial; lo definido, sea lo que sea, limita y reduce el público.

El lanzamiento del álbum “TAIYO” fue todo un éxito y se consiguió el disco de platino. Pero la sorpresa mayor vendría con el lanzamiento internacional.

En el segundo video, “Rumba samba mambo”, la producción se realizó en París con unos de los más modernos directores europeos. Pocos meses después se presentaba el grupo a los medios, en la discoteca Scala de la capital francesa.

Se hizo necesaria la salida del grupo de Javier Font, pues tras la campaña española se crearon tensiones entre él y Carlos Armas. Juan Antonio Fuentes tampoco estaba muy conforme y la entrada de Francesc Boixader, “El príncipe”, dio al grupo el glamour definitivo para la explosión internacional y la realización del segundo disco del grupo, “Loco Vox”.

Este trabajo se lanzó en mayo de 1991 y se presentó en Joy Eslava como recuerdo de los primeros tiempos. El primer video, “Locovox”, lo realizó el director de cine José Luis Lozano en Madrid. El segundo, “Niña”, se filmó en Argentina.

Font aceptó no viajar tanto y focalizarse más en las labores de diseño de vestuario y comercialización de moda, así como en la dirección de un bar/boutique que se abrió en abril del 90 en Madrid con el nombre de Santuario. Sabia decisión, como se verá más adelante. ¡Ah! eso sí, cobraba como uno más. Las pelas son las pelas tú. Javier era catalán.

El primer país fue Argentina donde la televisión Telefé de Romay ofreció treinta mil dólares para que fueran a participar en una celebración del canal. Eso nos indicó que el disco estaba fuerte, el verano austral, en diciembre, había llevado el tema a las discos de Mar del Plata y Punta del Este.

Nos pusimos en contacto con Coqui Capalbo hijo, -su padre Alfredo había sido toda una institución en el país-, y él se ofreció a completar la visita con varias presentaciones en la discoteca “Bunker”, un teatro en Buenos Aires y alguna actuación en el interior, además de organizar la agenda de promoción en todos los programas de televisión del canal que nos llevaba, y que era quien pagaba el viaje.

Había viajado con ellos para controlar y pulsar el país. Nada más aterrizar y ver el aeropuerto y los coches persiguiéndonos hasta el hotel, y llegar a la puerta del mismo, donde no nos pudimos bajar hasta no crear un cordón de seguridad, me permitió medir la dimensión del éxito. Sus fans eran chicas muy jóvenes que se sabían las canciones y los nombres de los componentes, y los gritaban sin parar. La gente de EMI, con Máximo Quiroz como responsable de Marketing, habían hecho un buen trabajo.

Los chicos no se lo creían, estaban muertos de risa y con ataque de nervios. Nunca se habían imaginado algo así. El ensayo en la discoteca fue correcto. El lugar era inmenso y nos dijeron que estaría todo lleno. Pero, primera sorpresa: en la discoteca nunca había actuado nadie, no tenía camerinos, la entrada se hacía entre el público, y la salida también. En fin, lo opuesto a cualquier sueño placentero.

Capalbo nos dio garantía de seguridad: haría el cordón protector un equipo de rugby que había placado fútbol americano, etc. Debíamos seguir adelante, pero me mosqueé. No me gustaban las sorpresas, por lo menos tan intensas.

Todo lo que podíamos imaginar de heavy para la noche se colmó. El lugar efectivamente era un hormiguero, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando según íbamos caminando por la disco hacia el escenario con cañones/seguidores al estilo de los púgiles, comencé a notar una intensa presencia masculina acompañada de gritos varoniles. Efectivamente parecía una pelea de box, pero al llegar al escenario y parapetarnos en un forillo/cortina que habían improvisado, al no tener los focos en la cara pude ver con detalle que nuestro público estaba formado por la más selecta concentración gay de Buenos Aires.

Quería matar a Capalbo. Lo busqué con la mirada, lanzándole cuchillos de fuego. Al venir a mi lado, le dije: 'tío, ¿por qué no nos has avisado que esta era una disco gay?'. Me miró y cínicamente me dijo: '¿De veras?, ni lo había notado'. Le quise estrangular, pero había muchas más cosas que hacer y decidí dejarlo para luego.

Ya nos estaban anunciando. Comenzábamos con “Loco mía”, el tema fuerte, y no habría cambio de vestuario porque no estaba el horno para bollos, ni había espacio para transformismos.

La aparición en el escenario, el griterío, y la locura fueron todo uno. Yo ni lograba entender la música, me imaginaba que ellos tampoco. Me fui hacia la mesa de mezclas a pedir más potencia y cuando por fin llegué después de un tumultuoso cuerpo a mil cuerpos, fue subir el volumen y quedarse toda la discoteca a oscuras total, sin sonido y sin siquiera las luces obligadas de emergencia.

En ese momento pensé, ¿quién me manda venir aquí?, pero el público siguió cantando la canción y gritando todo tipo de piropos, como si nada pasase. Debían pensar que era un minuto para palpar. Pensé en los chicos solos, a oscuras en ese escenario y sin saber qué hacer. Me dije: ‘espero que se hayan quedado en su lugar para que, si vuelve la luz, se ponga todo en su sitio al mismo tiempo’. Con las primeras linternas me fui al encargado del sonido y le dije: ‘antes de conectar la luz, para el playback’. Las linternas, desde la mesa, iluminaron el escenario y vi que ellos estaban como estatuas de sal. Le dije: ‘sube los disyuntores y, sin parar, arranca de nuevo el sonido’.

Bajamos la potencia de las luces, y comenzamos de nuevo, esta vez sin interrupción. La gente enloqueció y cuando terminó el último tema, los aplausos no les dejaban irse. Repetimos de nuevo “Loco mía”.

La salida fue muy caliente pero respetuosa, salimos como si nos fuéramos bailando, con los cañones de luz siguiéndonos y en pleno movimiento de abanicos.

En la limousine hacia el hotel se produjo un silencio sepulcral como si todos estuviéramos rebobinando la película y pensando si había sido verdad lo que había pasado. ¡¡Hasta que desde el fondo del vehículo suena la voz cascada de Manolo Arjona !!Uy….que fuerte!!!. La carcajada fue general, nos dio un ataque nervioso de risa. ¡¡¡Había sido un éxito, pero muy fuerte!!!

La bronca con Capalbo fue sonada y le sorprendió que nos sorprendiéramos. Le dije: ‘mira, nosotros no queremos hacer de este un grupo gay. Como ves, las fans que están en el hotel no estaban en esa discoteca y ese es nuestro público también’. Me contestó: ‘Éstas llenarán mañana el Teatro porque está todo vendido’. Así me calmó. De todas formas le dejé claro que no teníamos problemas para actuar en cualquier sitio, pero sabiéndolo y preparándolo. Esa misma noche llamé a mi hermano Manolo y le dije: ‘toma mañana un avión y vente, la cosa esta que arde’.

El teatro y las televisiones pusieron al grupo en su sitio, y los chicos, en las entrevistas, dejaron claro que ellos no querían ghettos. Aun así, el rin-tin-tin de Bunker nos acompañó durante todas las entrevistas. Argentina acababa de estrenar libertades y estaban todos como felices de lo modernos que se habían descubierto y que podían ser. En ese sentido nos alegró haber abierto un nuevo ciclo de libertades en ese país.

El caso es que el disco se convirtió en platino y fue un atronador escándalo. A los pocos días de venir mi hermano le dejé controlando el tema. Para mí la experiencia había sido muy intensa.

A mi regreso en Madrid, pedí una reunión general para hablar del fenómeno y la expansión en otros países. México fue el siguiente. A pesar de la fama de machistas de los mexicanos, nunca vi que un fenómeno fuera aceptado tan rápidamente. Sin duda la presencia del grupo en una agenda de promoción con exposición masiva en televisión fue determinante.

También en la compañía EMI de México quedaban elementos de mis anteriores contactos del antiguo Hispavox y esto fue vital porque yo aún mantenía mi credibilidad ante ellos. Eran Jorge Galarcep, director de Marketing (que luego vendría a España a dirigir el marketing de Sony), Lidia Salazar que fue el ángel que nos cuidó y se responsabilizó de la campaña de Marketing, junto con Fidel Cabrera en Radio, Rosy Pérez en Prensa, y Mera en televisión.

“Siempre en domingo”, con sus directos masivos de Veracruz, Mérida, y sus repeticiones especiales, las revistas “Somos” “Eres” “Estrellas” y los amigos de la radio como Elías

Cervantes y Gabriel Hernández, formaban una gran batería de medios capaces de hacer éxitos. Y en nuestro caso se alinearon todos con nosotros.

Canto Nuevo, empresa de management que estaba manejada por mi viejo amigo Alejandro Garza y por Carlos Santos, también colaboró en esos comienzos con la presentación en la Discoteca Quetzal del D.F., Monterrey y Guadalajara.

Luego Guillermo Lowder, mi amigo de tantos años fue el que organizó la primera tour promocional que se realizó en las ciudades más importantes. Lo hizo sin ganar ni un peso, solo pensando en invertir en el futuro que, calculábamos, sería un año más tarde. Pero la cabecita loca de los chicos de Locomía dio al traste con el proyecto. Iba a ser un tour masivo con más de cuarenta conciertos y que fue cancelada solo un mes antes. De eso ya hablaremos en su momento.

Venezuela también se sumó al éxito. Comenzamos con "Sábados Sensacionales" del amigo Ricardo Peña, y los Meridianos de Oro de Joaquín Riviera. Hubo una presentación en Mata de Coco y en posteriores viajes fuimos a Maracaibo donde les entregaron La Orquídea de Plata, para cerrar con la actuación en el Poliedro.

En Colombia, EMI estaba representada por Sony y mi amigo Carlos Gutiérrez era el director, con Jairo Roa y Germán Rojas en marketing y promo. Allí se promocionó en Bogota, Medellín, Cali y Pereira. Al año siguiente se actuó en polideportivos con asistencias masivas, así como en discotecas y teatros.

En Ecuador, otra amiga de mis primeros tiempos, Leticia Pino de Ifesa, que eran licenciatarios de EMI, nos cuadró el mercado ayudada por Carlos Marín como co-empresario. Actuamos en Guayaquil, Quito y Ambato, con asistencias de 14.000 mil espectadores en Plazas de toros.

Pero pronto también fue Brasil. Allí fue disco de oro y se realizó una gira muy extensa de discotecas en Sao Paulo con apariciones en los programas de televisión más importantes: "Domingo Legal" de Gugu y los programas de Globo. EMI estaba muy sorprendida de que un artista español pudiera

vender por primera vez en un mercado tan difícil. Beto Boaventura como Director y Sergio Affonso como Internacional, fueron los artífices. Y Promoart de Gugu la Agencia de shows.

Todo el Cono Sur, Chile, Perú, Uruguay y Paraguay, en Asunción con polideportivos a rebosar, países limítrofes de Argentina y Brasil, sufrieron la influencia del éxito del grupo. En Chile Ernesto Clavería y luego Alfredo Saint-Jean fueron nuestros aliados en gestas importantes como actuaciones en "Siempre Lunes" o en el festival de Viña del Mar.

Todos los países grandes o pequeños de Latinoamérica, sin excepción, sufrieron el impacto y el éxito discográfico con ventas de discos que superaron los dos millones de unidades en los dos primeros discos. También los de asistencia de público en estadios, plazas de toros o polideportivos llenos hasta la bandera.

Todo esto quizás no habría sido posible si mi hermano Manolo no hubiera mediado entre la presión de discográficas, medios y grupo, tirando de las bridas de manera adecuada y limando las dificultades que surgen cuando viene el éxito.

Lamentablemente sus responsabilidades en España le impidieron continuar en primera línea de ejecución con el grupo y así comenzaron los problemas.

En diciembre de 1992 Juan Antonio Fuentes anuncia que no puede seguir adelante con sus compromisos con el grupo por problemas personales y es sustituido por Santos Blanco, que se incorporó a las actuaciones que estaban cerradas entre otras Viña del Mar.

El último país, y premonitoriamente el final, fue USA. Se había logrado cerrar un lanzamiento muy importante con Sony. EMI no veía posible cumplir nuestros requisitos económicos ni las campañas de televisión.

A esas alturas, con éxito en toda Latinoamérica, quería que el lanzamiento americano, donde existía una plataforma de discotecas muy poderosa, nos sirviera para llevar el disco de vuelta a Europa.

Comenzó la campaña y el grupo tenía una agenda de promoción importante con todas las grandes ciudades involucradas. En medio de la gira, Miami y la entrega de los "Premios Lo Nuestro" que en esa época eran muy fuertes con la implicación de Univisión. Su actuación causó un gran impacto y los buitres comenzaron a merodear la presa.

Lamentablemente Javier Font había vuelto a ser el coordinador del grupo en esos días, pues los chicos dijeron que, ya que cobraba, por lo menos que cumpliera una función porque en esa época no tenía ninguna otra actividad. Había logrado hacer fracasar un negocio más, el bar/boutique Santuario. Antes la imposibilidad de que estuviera Manuel Gil, a mí me pareció bien, pues aunque dudaba de la capacidad cerebral de Javier, por lo menos amaba el producto.

Un personaje, del que no daré el nombre para no avergonzarle, y al que conocí unos años más tarde y me pidió disculpas por su error, -era joven e inmaduro-, se dedicó a calentarles las orejas diciéndoles que ellos en USA serían lo más, que ese mercado era para ellos, que él se podía ocupar, que tenía buenos contactos en Univisión, que les pondría un apartamento y les convenció para que se quedaran en Estados Unidos. Entonces definí a aquel personaje como ese "sujeto temerario". Nunca se arrepentiría bastante, pues además de todos los problemas que le causó este proyecto, los perjuicios económicos fueron totales.

Solo un tonto codicioso y loco como Javier Font pudo caer en esa trama y renunciar a lo concreto a cambio de fantasías. Ese fue el detonante del mayor error que esos pobres chicos pudieron cometer: estaban a punto de tirar por la borda su esfuerzo y el de todo el resto del equipo.

Después de Miami el grupo viajaba a New York para hacer su último acto promocional y desde allí me comunicaron por burofax que no volverían a España y se quedarían trabajando por su cuenta.

Mi reacción no se hizo esperar: les informé sobre las implicaciones legales y les comuniqué sobre sus compromisos contractuales y sobre las responsabilidades que tenían, pues

estaba programada una gira para México. Ante la total dejación y abandono de sus responsabilidades, les requerí para una reunión en Madrid en los próximos días. Nunca contestaron.

Después de ese día comencé acciones legales por incumplimiento de contrato, cancelé la campaña de Sony, donde no comprendían nada, y cancelé el tour mexicano. Igualmente informé a todos los empresarios de Latinoamérica que la contratación del grupo sería considerada como una infracción a mis contratos de exclusividad.

Comencé a preparar una nueva formación de Locomía para poder cumplir los compromisos que mi compañía tenía con EMI que iba a editar un tercer disco. Mi compañía era, como productora fonográfica y editora, la dueña de la marca a nivel discográfico con un contrato de cesión que tenía en vigor y que había firmado Font hasta 1995 y la única que podía explotar el nombre. Por otro lado, los artistas habían incumplido contratos en vigor tanto discográficos como de Management

Antonio Albella, Luis Font (curiosamente hermano de Javier, que había huido), Pablo Robledo y Frank Romero, fueron los nuevos integrantes que dieron vida al lanzamiento de un tercer disco Party Time. Pese al aborto de la primera formación y el consiguiente descontrol de imagen, el disco no obtuvo malos resultados y sobre todo se cumplió con México y Latino América y durante dos años se realizaron múltiples shows en España.

El nuevo grupo dio muestras de madurez, seriedad y profesionalidad, cumpliendo como jabatos con todos los compromisos. Honestos y entregados, jamás hubo un problema con ellos. Una vez terminada esta etapa, la compañia dio por cerrado el capitulo Loco Mia.

En abril de 1993 ante notario en Madrid Manuel Arjona, Francesc Picas Boixader, Carlos Armas y Santos Blanco, reconocieron su incumplimiento, renunciaron a usar más el nombre Loco Mia, e indemnizar con sus derechos los daños y perjuicios, para evitar una demanda millonaria

Los viejos Locomía deambularon por Miami haciendo muchas tonterías y quemándose en los medios profesionales. A los pocos meses eran solo un recuerdo y una pesadilla para el “Sujeto temerario” que tuvo que financiar alguna que otra locura, hasta acabar en una discoteca que regentaba Font y en la que se perdió hasta la camisa, como ya era habitual en él. Durante muchos años Font nunca reclamo, ni uso, el nombre de Loco Mia.

A los pocos meses Santos Blanco, el más práctico y nuevo del grupo, apareció por Madrid, me pidió disculpas y me dijo que quería dedicarse al Teatro y a seguir bailando.

También Manuel Arjona muy sensato y realista decepcionado con la situación de Miami regreso a Barcelona para seguir bailando en discotecas.

A los dos les propuse hacer un grupo con una chica que al final no salió adelante.

El siguiente en aparecer fue Francesc Picas que también reconoció su error y me planteó si quería ocuparme de él como solista. La compañía le produjo un disco y después de su lanzamiento en México, le entró miedo escénico y se retiró del mundo hasta la fecha. Quizá algún día me lo explique.

Javier Font después de reconocer su error ha intentado alguna vez que me vuelva a ocupar de relanzar los múltiples proyectos que sigue inventando, o continuidades de Loco Mia, sin darse cuenta de que hay errores que se tardan en pagar toda una vida y que tienen que ver con lo que un día tiraste, sin valorarlo.